

3ª edición

© Jose Luis Urrutia López

© Ediciones Beta III Milenio, S.L.
Ramón y Cajal, 35. 48014 Bilbao
Tél./fax: 94 476 11 55
edicionesbeta@edicionesbeta.com
www.edicionesbeta.com

I.S.B.N.: 84-88890-89-3
D.L.: BI-2.694-03

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

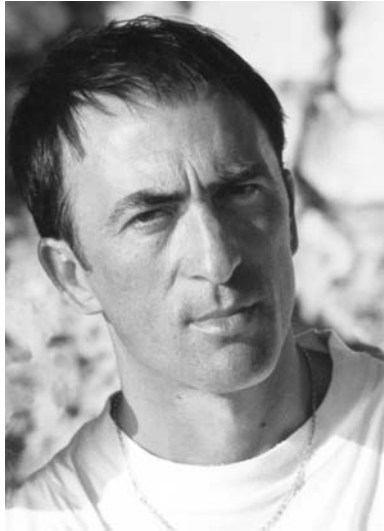
Realización técnica: Ediciones Beta III Milenio, S.L. Printed in Spain

Jose Luis Urrutia

El Ayalés

La historia de Elías de Aldama

edicionesbeta



Jose Luis Urrutia (Bilbao, 1958) comenzó sus primeros escritos literarios en el ámbito de la poesía, estilo en el que publicó el libro de poemas *Sangre enamorada* en 1981. Ha colaborado en varias revistas literarias, gracias a las cuales estableció contacto con poetas y escritores de Cuba y Sudamérica. Desde 1987 hasta 1992 ha sido miembro de la Agrupación Literaria El Candil, de Basauri (Bizkaia). A partir de ahí se decanta por las narraciones breves, hasta que en 1998 comienza a escribir la primera de las novelas que forman la serie de **EL AYALÉS**.

La primera novela titulada: *El Ayalés. La historia de Elías de Aldama*, publicada por edicionesbeta, 1ª edición, 2001; 2ª edición, 2003. Ahora presentamos la 3ª edición.

La segunda novela: *Los caminos de Elías*, Ttarttalo, 2002 y la tercera novela de la serie: *Tan lejos de Ayala*, Ttarttalo, 2003.

*A Mertxe Urrutia Aldama, mi madre, por hacerme sentir
continuamente su amor desde el otro lado de la vida.
A mi abuelo Isidro, quien en los ocho años que coincidimos
en este mundo supo llenarme la cabeza de fantasías.
A Paki, porque sigue muy presente entre nosotros.
A Mari Carmen Atxa, por la belleza de su recuerdo.
A mis hijas, Zuriñe y Aintzane, algo de las cuales
palpita en estas páginas.*

“La Tierra de Ayala es como un mar de olas que nunca alcanzan la playa. Sus colinas poseen la redondez excitante de sus mujeres, y sus bosques son frondosos como las hirsutas barbas de sus guerreros. Sus caminos son tortuosos y laberínticos, y la atraviesan numerosos ríos delgados como serpientes y fríos como sus inviernos. En su cuna nacieron los más ilustres linajes, y en sus nieblas se forjó el carácter de sus héroes como se forja en la fragua el acero destinado a la gloria. Su Fuero dice «que siempre fue poseída por sus dueños», y sus habitantes se jactan de gobernarse por ellos mismos.

Y no he conocido en ninguno de los reinos que he recorrido orgullo semejante al que estas gentes demuestran cuando, lejos de su tierra, responden a quien les pregunta su procedencia: «Soy Ayalés»”.

Robert Wallace, noble y viajero escocés del siglo XIV

Agradecimientos

De manera destacada a Iñaki Bazán Díaz (Doctor en Historia), por su asesoramiento y por la importancia que sus trabajos han tenido en la documentación de esta novela; a Higinio Antolín (Auxiliar de Bibliotecas de la Biblioteca de la Diputación Foral de Bizkaia), por compartir conmigo sus amplios conocimientos bibliográficos y a Urko Guisasola, de Barakaldo (Bizkaia), por su análisis y sus valiosas reflexiones.

A Fermín, mi hermano, por su fe en mí; a Micaela Portilla (Profesora de Historia), por su aporte bibliográfico; a Javier y Estela, de Miranda de Ebro (Burgos), por su impagable ánimo; a Paco y Neme, de Pancorbo (Burgos), a Santiago y Berta, de Yesero (Huesca) y a Begoña García, de Biescas (Huesca), por la lectura de los borradores y su posterior comentario; a Miren Arbide, por la traducción al euskara; a M^e Jesús Irastorza, de Górliz (Bizkaia), por su entusiasmo; a mi primo Iñigo; a Miguel Ángel Zorrilla; a Agustín Alzola (escritor); a mi amigo Vicente Escriche, de Valencia; a Marcial y Ana, de Valladolid; a Daniel y Lupe, de Zamora; a la Casa de Cultura y Biblioteca de Amurrio; al Restaurante Bideko, de Lezama (Álava); y a todos aquellos que de una forma u otra me han ayudado en la confección de esta novela.

Y muy especialmente a Lourdes, mi compañera, no sólo por su apoyo y su paciencia, sino sobre todo por una colaboración sin la cual el atractivo que estas páginas puedan tener no hubiera sido del todo posible.

ÍNDICE

Mapa.	9
Nota del autor	11
LA GUMÍA	13
ELÍAS	21
LÁNZURI	29
KONTRASTA	57
LEZAMA	77
ORDUÑA	161
Bibliografía.	197



NOTA DEL AUTOR

Entre los siglos X al XV, el idioma de los vascos, el euskara, que todavía en el siglo XIII se hablaba mayoritariamente en la zona de la Rioja Alta, se vio rodeado por diversas lenguas románicas, como el romance navarro o el castellano-riojano.

Allí donde el trato con gentes de otras tierras era mínimo o inexistente, el euskara constituía idioma único. En villas y ciudades situadas en el camino comercial del interior del Reino de Castilla hacia la costa –y que contaban a la vez con importantes ferias y mercados– como podían ser Vitoria y Orduña, así como en puertos marítimos donde el trasiego de esas mercancías era relevante, sobre todo con Flandes, Brujas y La Rochelle, la comunicación se establecía por medio de intérpretes y con el tiempo con el conocimiento de las diversas lenguas, al menos en su vocabulario más básico, por las partes interesadas.

Arrinconada por otras lenguas –entre ellas el latín– y por la decantación que paulatinamente fueron tomando los miembros de la alta sociedad por el romance, la lengua secular de los vascos fue quedando en manos de las clases medias y bajas, y de forma más arraigada en el mundo rural.

En los lugares en que se desarrolla la mayor parte de este libro –la Tierra de Ayala– el euskara se hablaba en la modalidad llamada "euskara vizcaíno". Para mejor ambientarlo, para proporcionarle su propia sonoridad, para imprimir un carácter personal al texto, para situar, en definitiva, al lector en una atmósfera lo más vívida posible, se han intercalado, a salto de mata, varias frases, dichos y expresiones en el idioma en que debieron pronunciarse, traduciéndolas puntualmente al castellano. Pido disculpas por adelantado a quienes esta circunstancia –que he procurado solventar de la mejor manera– llegue a distraer o entorpecer la lectura. Estimo que la inclusión de diálogos en el idioma autóctono de los personajes enriquece la obra y al que la lee, haciéndole participe de algo tan importante como es la lengua, a través de la cual se pueden conocer, y hasta comprender en muchas ocasiones, la forma de ser, el sentir y el palpitar de un pueblo.

LA GUMÍA

I

Lezama, Álava. Verano de 1968

– ¡Vaaaca!

El tío Ignacio golpeó con la frente en el costado del animal y luego, tras escupir sobre el estiércol, se reafirmó en el taburete y continuó ordeñando.

El sonido metálico de los primeros chorros de leche contra el fondo del balde dejaron paso a un susurro pastoso, regular e intermitente. El viejo tosió, increpando al animal, que no dejaba de cabecear, rascándose la testuz contra la piedra.

– Tío... ¿cómo son los moros?

La voz sonó como un lamento, con ese tono de quien teme despertar a un durmiente. La voz quedó suspendida en el aire denso de la cuadra, revoloteando como uno más de los minúsculos insectos alrededor de la bombilla polvorienta. Después el silencio, silencio compuesto del murmullo de la leche contra la leche, del rumiar incesante de la veintena de reses alineadas en la pared, del tintineo de las cadenas contra la piedra del pesebre. Sin despegarla del cuerpo del animal, el viejo ladeó la cabeza y observó a los dos niños sentados sobre la paja, junto a las cantinas, al otro lado del canalillo de la porquería.

– Son jodidos –contestó. Luego volvió la vista al balde.

“*Jodidos*”. El niño estudió al hombre. Llevaban allí desde hacía más de una hora, contemplándole agachado entre las vacas, estrujando sin mimo sus pezones, con la boina pegada a sus carnes calientes, envuelto en la luz amarillenta que llenaba la cuadra de sombras pardas. “*Jodidos*”. Les costaba imaginar que su tío Ignacio, el mismo que cada quince días les recibía con una sonrisa pícaro sentado bajo el nogal de la era, el mismo que después de las comidas se liaba un cigarrillo de picadura de Celtas, el mismo que en los días de siega les llevaba hasta los prados lejanos subidos en el carro; el mismo en definitiva que, aquella noche, como otras tantas, contemplaban perderse sin miedo en un bosque de patas, rabos, tetas y cuernos, pudiera haber estado alguna vez acurrucado en el fondo de una trinchera con el fusil preparado, consciente de que podía morir en cualquier momento de la noche. La

noche... una noche oscura como la que se asomaba al ventanuco del fondo. ¿Podía existir otra noche que no fuera aquella vacía de amenazas que se extendía perfumada sobre los campos, sobre los caseríos?

– Traidores –añadió la voz aguda del hombre–. Siempre venían de noche, arrastrándose sobre la tierra. Te pillaban por la espalda, te levantaban la barbilla y te segaban la garganta.

El pequeño levantó los ojos hacia su hermano, que no supo tranquilizarle.

– ¿Y no podíais verlos cuando se acercaban?

El viejo sonrió.

– Son negros como la noche, los jodidos de ellos.

La voz de la madre les instó a cenar.

– ¡Ya vamos! –respondió el mayor con otro grito, pero no se movieron. Les gustaba aquel lugar cálido, tan cálido que ningún invierno podría derrotarlo. Allí siempre encontraban una extraña, una inconsciente e inapreciable placidez, entre la paja y los aperos, junto a las enormes cantinas de leche caliente cuyo olor, amortiguado por la penetrante mezcla de estiércol y hierba, detestaban... cercanos a las vacas y los bueyes.

Aquel lugar, por las noches, era como el regazo de la madre. Allí las horas eran lentas y pacíficas, a pesar de las historias que el tío Ignacio les contaba sin pasión pero con ternura, con una peculiar y distante ternura.

– ¿Os cortaban el cuello con espadas?

El pequeño había tragado saliva antes de atreverse a formular la pregunta, temeroso de escuchar en la respuesta algo más horroroso de lo que ya de por sí imaginaba.

– No. Con espadas no. Los moros tienen unos cuchillos torcidos, curvados. Un poco menos que esa hoz –señaló con la cabeza hacia un punto en la pared sobre los chicos, que al unísono clavaron los ojos en la herramienta colgada del clavo–, pero que cortan como demonios. Les daba igual a quién matar. Jóvenes, viejos... –miró al mayor–, ¿cuántos años tienes ya?, ¿doce?

– Diez.

– No. De tu edad no había.

– Yo acabo de cumplir cinco.

El nuevo requerimiento de la madre interrumpió el comentario del viejo. Por la puerta de la cuadra que da a la calle entró el primo Iñaki. Sarte, la perra, corrió hacia los niños. Entonces todo se llenó de lametones y caricias.

II

El espasmo fue tan violento que los ojos se le abrieron como resortes. Por un momento no supo dónde se encontraba. Sólo sentía que el corazón le latía atropelladamente por todo el cuerpo, un cuerpo empapado de sudor. Respiró asustado. Después percibió los gruesos nudos del colchón de lana, los pies de su madre junto a la cadera y, estirando las piernas un poco, los pies de su hermano. Entonces cerró los ojos lentamente. Todo estaba en orden. En la cama de al lado, un bloque de roble tan alto que él y su hermano le decían “el barco” y al que la tía Cecilia se subía con ayuda de un taburete, dormía la anciana. No podía verla, pero sabía que estaba allí, lo mismo que sabía que en la habitación de al lado, la que accede a las escaleras, estaban el tío y el primo, y que en la del fondo, en la cama del primo, dormía su padre.

El leve movimiento de las sábanas en la oscuridad, el dulce respirar de la tía, los lejanos ronquidos del padre... y sobre todo la presencia de la madre allí, junto a él, sobre el mismo colchón, bajo la misma manta..., nada podía ocurrirle. Fue al incorporarse un poco para comprobar si el pequeño estaba tapado cuando descubrió el resplandor mágico en la ventana. Nunca había visto nada tan maravilloso. Por la rendija de las contraventanas se colaba un rayo de luz dorada que se difuminaba al entrar en contacto con las sombras de la habitación. Pero no era el oro del sol. Era un oro compacto, mágico. Una luz que acariciaba el cristal. Se imaginó los prados teñidos de esa luz. A lo lejos cantó el cárabo. Suavemente, pero ansioso, golpeó los pies de su hermano. “*Fermín, Fermín*”. El durmiente frunció el ceño y se revolvió. Insistió. Entonces el pequeño se sentó de golpe. Sus ojos buscaron en la oscuridad el rostro del hermano. “¿*Qué pasa?*” preguntó por inercia, con voz afectada. “*Mira*”. Su brazo, en la penumbra, fue una sombra incierta volando hacia la ventana. Al pequeño se le abrieron la boca y los ojos. El silencio se llenó de magia. Olía a alcanfor. En aquella bendita habitación siempre olía a alcanfor. “¿*Qué es esa luz?*” preguntó. La madre se revolvió en la cama. “*La luna* –respondió el mayor–, *me imagino*”; “¿*Qué os pasa?*” refunfuñó la madre dulcemente. El pequeño se inclinó sobre ella, apoyándose en su hombro desnudo, hablándole al oído: “*La luna está entrando por la ventana*”, “*Venga, dejáros de lunas, que vais a despertar a la tía*”. Se

sumergieron bajo las sábanas, al tiempo que el brillo perdía intensidad, como si se hubiera deslizado sobre la fachada en busca de una ventana nueva a la que adornar.

Al cerrar los ojos regresaron los fantasmas. No podía quitarse de la cabeza la imagen del tío Ignacio, pequeño, delgado, ágil, nervioso, escondido en un agujero del monte, escuchando en la oscuridad los gemidos de los compañeros que estaban siendo degollados. Los moros eran oscuros, ¿pero cómo de oscuros?, ¿como la noche, como el chocolate, como el betún? El tío les había dicho también que en un arcón que debía estar en algún rincón del pajar guardaba fotos de aquellos tiempos, en los que salía retratado junto a unos moros que se hicieron buenos y se pasaron a su bando. Pero la sola idea de perderse por el pajar le llenó de nuevo el cuerpo de sudor. Recordó cómo después de cenar había salido a la era, pensando llevar a su hermano hasta los laureles del pozo para, una vez allí, gritar “¡¡Los moros, los moros!!” y darle un buen susto, pero también para él ir hasta los laureles, allí, a veinte metros, en la antesala oscura de los grandes campos, era un exceso de valor, y se volvió para la cocina.

Cerró los ojos con fuerza, anhelando que el sueño le tomara rápido en sus brazos y le meciera en la paz de los demás durmientes. Al otro lado de sus pies, su hermano volvía a ahogarse en un océano abstracto de desfigurados rostros oscuros y enormes hoces ensangrentadas.

III

Cuando estuvo a la vista, el aire se colmó de silencios. Habían desdoblado el paño lentamente, como si en cada pliegue profanado pudiera esconderse un peligro desconocido. Entonces lo contemplaron. Tras una eternidad se miraron mutuamente. Los ojos verdes del pequeño eran los ojos de un gato desconcertado. Sabían perfectamente qué era aquello, pero un sinfín de preguntas desbordaba su comprensión. “*Vamos a enseñárselo a ama*” musitó el mayor. Su hermano desvió la mirada hacia el túnel sombrío de la escalera. “*Sí*”.

Habían subido peldaño a peldaño, sintiendo bajo sus pies el deslizar de la paja, y bajo ella el crujir del roble centenario. Habían subido porque al mayor le obsesionaba la idea de poder ver aquellas fotos del tío Ignacio; habían subido porque el regreso del sol había disipado los temores de la

noche; porque desde la era llegaban las voces del padre y el primo; porque las gallinas cacareaban en el gallinero; porque la voz de la tía, en su monólogo perpetuo, les acunaba el miedo. Y habían subido porque el pequeño hizo jurar al mayor que una vez en el pajar no le asustaría ni le dejaría solo.

Caminaron alzando exageradamente los pies para avanzar entre la paja, a zancadas lentas para no resbalar sobre ella. El tejado semejaba un colador: cantidad de diminutos agujeros permitían que el sol se filtrara preñando el espacio de polvorientos rayos dorados. El suelo crujía. Por el ruido que llegaba de abajo, debían estar sobre la cuadra. El mayor, agachándose, apartó la paja con las manos y pegó un ojo a la ranura de los tablones. *“Estoy viendo las vacas”* exclamó entusiasmado. El pequeño le imitó. *“Es verdad, yo también las veo”*. Al fondo, en la parte abuhardillada, se amontonaban mantas de caballería, sillas de montar, ronzales, correas y, bajo dos cestos de mimbre, el arcón. El mayor, lentamente, apartó los cestos. El arcón era de madera oscura reforzada por tiras negras de metal. Lo observó un instante; después puso los dedos en las cerraduras pero no llegó a abrirlo porque la voz de su hermano sonó en el fondo del rincón oscuro, justo en la convergencia del tejado y la pared: *“Jose, ven”*. Al principio no le vio y su increpación fue fruto del miedo, *“¿Qué haces ahí?”* le regañó, *“Ven Jose, aquí hay más cosas”*. Entre las sombras le contempló un instante, de espaldas a él, revolviendo entre la paja. Caminó hasta allí. *“¿Qué es eso?”* le preguntó. El pequeño levantó la vista hacia su hermano -que se acuclilló a su lado- mientras depositaba suavemente en el suelo, sobre la paja, el trapo oscuro y sucio que sostenía entre las manos.

Desdoblaron el paño lentamente, como si en cada pliegue profanado pudiera esconderse un peligro desconocido. Entonces lo contemplaron. Después se miraron mutuamente. Ante la expectación del hermano, el mayor tomó con delicadeza el paño y su contenido, se alzó y caminó hasta el arcón, sobre el cual lo depositó.

Entonces contemplaron la enorme gumía, el enorme cuchillo curvo, a la luz dorada del pajar. La marchita belleza del arma les sumió en un submundo de terrores desconocidos. Nada más extraño que aquella empuñadura de hueso ribeteada por una media luna plateada; nada más abominable que aquella vaina metálica larga y curva saturada de pequeñas formas geométricas: ella albergaba el filo mortal, la hoja capaz de abrir en cualquier garganta una herida tan ancha como para desaguar

toda la sangre del mundo. Ante sus ojos desfiló un universo de soldados anónimos colgados de la nada como muñecos, con la barbilla elevada hacia el cielo de la noche y con un tajo frío, seco y profundo, como la risa que debían lanzar los verdugos oscuros al rebañar los cuellos de sus víctimas. Con un movimiento de perro de caza el pequeño giró la cabeza hacia el rincón en el que había encontrado el fantástico objeto y quedó mirando el vacío durante unos segundos, tras los cuales preguntó: “¿Qué ha sido eso?”, “¿El qué?” preguntó su hermano a su vez, “Ese ruido”, “Yo no he oído nada –dijo distraídamente, sin dejar de contemplar el arma–, *habrá sido abajo, en la cuadra*”, “No –respondió con sus ojos de cinco años fijos en la penumbra–, *era como una voz de abuelo, pero no se le entendía nada, y luego como un cristal rompiéndose, y un grito*”, “¿Un grito?” preguntó el mayor mirándole extrañado, “Sí, como de una niña... *creo*”. Sobrecogido por las palabras del hermano, que no apartaba los ojos del sombrío rincón, Jose le observó en silencio y después, tragando saliva, miró hacia aquel lugar al que no llegaba la clara luz de la mañana, “Habrá sido el viento” pronunció con voz destemplada. El ruido lejano de un motor les sacó del ensimismamiento. El pequeño se rascó el flequillo rubio, corto y tieso, esperando que su hermano se dispusiera a marchar de una vez.

Mientras descendían las escaleras el ruido del motor se sintió cercano, y cuando salieron a la era se encontraron al primo apoyado en su vara de avellano hablando con dos extraños que habían llegado en una destartada camioneta de color gris. Se acercaron al padre y al tío, que desde la sombra del nogal seguían la conversación.

– Sí, nosotros somos Aldama –decía el primo Iñaki–, pero hay más Aldamas por aquí. Uno en Larrimbe, y el otro en Lekámaña –hizo un gesto con el brazo hacia los montes de poniente indicando la dirección.

– Pues no sé ahora quién podrá ser. A mí me han dicho que era en Lezama, he preguntado en la iglesia y me han mandado aquí –replicó el más grueso de los hombres.

– Ése va a ser Martín –sentenció el tío Ignacio–. Es el único de por aquí que puede vender ahora mismo un semental.

– ¿Martín? –preguntó el hombre–. ¿Y ése quién es?

El primo se volvió hacia su padre.

– ¿Tú crees que Martín...?

– Es el único.

Tras meditarlo un momento, Iñaki asintió y explicó la forma de llegar a Lekámaña. Minutos después, mientras la camioneta y su ronquido se perdían en las dunas verdes del valle, los dos hermanos mostraban a los hombres el hallazgo del pajar. El primo dijo algo entre dientes, riéndose, como era habitual en él, pero fue el viejo el que tomó el arma y la desenvainó. En su mano, la hoja curva y roñosa adquirió una dimensión humana. Fue como si aquel objeto de fantasía lanzara desde su decrepitud un grito de desesperación al descubrir de pronto su anacrónica realidad. El padre farfulló una bobada que no escucharon porque en aquel mismo momento el tío les preguntó: “¿Dónde lo habéis encontrado?”

– En el pajar –contestó el mayor.

– Estaba debajo de unas tablas –añadió Fermín.

– Algún morito que pasaría por aquí cuando la guerra y se lo dejaría olvidado el cabrón de él –bromeó entre dientes el primo, como era habitual en él; pero tampoco le escucharon porque el tío Ignacio no sonreía mientras lo miraba dándole vueltas y vueltas, lentamente, en sus manos duras-. Lo mejor que podéis hacer con él –añadió el primo– es llevarlo a Bilbao y venderlo a algún chatarrero.

– Lo mejor que pueden hacer es dejarlo donde estaba y dejar de revolver por todas partes –recreminó el padre.

El tío envainó lentamente la hoja, lo observó un instante más y lo tendió a los niños. En sus pequeños ojos vidriosos, ellos leyeron el mensaje del viejo. Dieron media vuelta y caminaron hacia la casa, “¡Eh, chavales! –llamó el padre. Se giraron-. *Y si queréis seguir buscando reliquias que sea algo que nos saque de pobres y no cuchillos de hojalata*”, y se echó a reír.

Subieron al desván lentamente, ascendiendo los peldaños crujientes ocultos por la paja. Se internaron de nuevo en la luz dorada y el olor seco, caminaron hasta el rincón oscuro y se arrodillaron.

– ¿Dónde estaba? –preguntó el mayor. Fermín le miró con sus ojos de gato.

– Ahí –respondió con un gesto. Jose inició el movimiento pero luego se detuvo.

– Toma, guárdalo tú. Tú lo has encontrado.

El pequeño le miró.

– No –contestó al cabo de un rato-. Guárdalo tú; a mí no me importa.

Antes de ocultarlo bajo la paja y los tablones abrieron por última vez el paño y lo contemplaron en silencio. Luego el mayor miró muy serio a su hermano. “*Levanta la mano –ordenó– y jura que no dirás a nadie dónde está el cuchillo*”, “*¿Por qué?*”, “*Porque es nuestro*”, “*¿Y al tío Ignacio?*”. Jose meditó la pregunta; por un momento pensó en la extraña reacción del viejo al ver el arma, pero su mente de diez años no pudo penetrar en un mundo tan complejo. “*El tío Ignacio ya sabe dónde está*” arguyó sin acertar a expresar lo que sentía. “*Lo juro*”.

Se dirigieron hacia la escalera a paso rápido; al pisar el primer escalón el mayor oyó el estrépito y al volver la cabeza se encontró a su hermano caído en el suelo. “*¿Qué te ha pasado?*”, “*Que me he tropezado con algo*”, “*A ver...* –refunfuñó José apartando la paja mientras Fermín, sentado, se observaba las rodillas– *...ha sido con esto* –anunció mostrándole el enorme clavo negro incrustado en la tarima– *¡Vaya pedazo de clavo!*”, “*Cómo duele*” resopló el pequeño. “*Pues no te quejes, majo* –exclamó Jose indicando con la mano una viga de madera que había quedado a menos de un metro de su frente–, *si llegas a ser más alto te das ahí con la cabeza. Venga, vamos*”. Ayudó a incorporarse a su hermano y se perdieron en el túnel sombrío de la escalera.